

Como cada tarde, se sentaron en el muro de piedra medio derruido, situado a las afueras del campamento. Desde allí contemplaban el inmenso valle que se abría paso ante sus ojos, y en el que tras sus laderas el sol se escondía lentamente. Era un paisaje hermoso pero que no tenía interés alguno para ellos. Su interés se centraba en más de lo que la vista podía alcanzar a ver, traspasaba las laderas del valle, una gran alambrada y cientos de kilómetros entre ciudades abandonadas y escombros. Y es que su interés se cernía en una pequeña casa de adobe y teja y en recuerdos guardados entre sus paredes.

- Cierra los ojos, Moniba. Debes imaginar que estas en casa. Fíjate en cada detalle, percátate de cada olor, escucha cada sonido, siente cada textura y saborea cada uno de los platos que prepara mamá. Mientras que hagas eso el recuerdo permanecerá en tu cabeza siempre y nunca te olvidarás del lugar al que perteneces.
- No seas cruel, Rahib, nunca olvidaría nada. Además esto no va durar mucho, pronto papá, mamá y la abuela se reunirán con nosotros y volveremos a casa. Me hicieron una promesa y sé que van a cumplirla. Pueden que tengamos muchos impedimentos para estar juntos, pero ninguno de ellos será lo suficientemente grande para volver a encontrarnos.

Rahib admiraba a su hermana pequeña por su fe e inocencia. Pero sabía que seguramente esa Moniba no iba a durar mucho, que las circunstancias la obligarían a cambiar, igual que lo habían cambiado a él hace poco más de un mes, el día en que dejaron su hogar atrás. Aquel día se despertaron temprano, al amanecer. Guardaron rápidamente en una bolsa sus pertenencias, aquellas que fueran más necesarias y salieron de la casa. En el patio les esperaban su familia.

- Hijos míos, no podemos acompañaros. Aunque nos resulte difícil tomar esta decisión, no tenemos otra opción. La abuela en su estado, no aguantaría el viaje y además no podemos dejar nuestro trabajo porque en este tiempo necesitamos el dinero más nunca. Pero no os preocupéis, nos reuniremos con vosotros muy pronto.- dicho esto se abrazaron y besaron entre sollozos incipientes.

Entonces Rahib fue apartado del grupo por su madre.

- Rahib, tú ya eres un hombre, y debes conocer la verdad. Probablemente no volveremos a vernos hasta dentro mucho tiempo, si eso llega a suceder. Así que de cualquier modo, debes cuidar de Moniba. Ella será lo único que tendrás en el mundo, y tú lo único que Moniba tendrá. Mi querido hijo ha llegado el momento de ser valiente, por Moniba, por mí y por ti.
- Lo seré mamá, te lo prometo.

- No me cabe la menor duda. Te quiero mucho, mi pequeño Rahib. Nadie nos podrá quitar todo lo que hemos vivido, mientras que recordemos todo ello, podremos seguir juntos, al menos en la mente.

Aquellas palabras todavía resonaban en su cabeza. Allí, tumbado junto a su hermana bajo la oscuridad de la noche, cobraban más sentido.

Y así pasaron los meses, meses de incertidumbre y preocupación. Hasta que una mañana, mientras reflexionaba mirando a la nada, su hermana le interrumpió entre llantos de su ensimismamiento.

- Rahib rápido, mira lo que está saliendo en la televisión.- dijo ella cogiendo a su hermano de la mano y llevándole a la carrera hacia una carpa bajo la que estaban los voluntarios extranjeros del campamento. Allí había una pequeña televisión en la que se mostraba un gran titular que rezaba “ La aldea de Sijaf queda destruida tras un ataque aéreo”, y a la que acompañaban imágenes devastadoras. Rahib calló. No había nada que decir en un momento así. Se limitó a abrazar a su hermana y a derramar las lágrimas que tanto tiempo había tenido guardadas.

Cayó la noche y ambos hermanos volvían a su tienda. Al entrar vieron en el interior a niños y voluntarios esperándoles.

- Yo también perdí a mi familia y sé cómo os sentís. Es duro no haber podido despedirse de ellos, y pensar que nunca volverán. Sé que os sentís solos, yo sentía lo mismo, pero os vamos a apoyar, vamos a ser vuestra nueva familia, igual que lo fueron ellos cuando padecí esa misma situación.

Y a partir de aquel día, un rayo de esperanza se abrió ante Rahib y Moniba. Y es que en ocasiones, entre la destrucción y el caos, aflora la bondad del ser humano. Ninguna guerra ni conflicto será capaz de destruirnos, mientras que sigan existiendo personas capaces de acoger a los demás, como en los campamentos de refugiados. Allí gente de distintos países coopera, para que aquellos que han dejado su hogar, puedan tener en el campamento algo que sea lo más parecido a ello.